

John Henry Cardenal Newman

II. LA OMNIPOTENCIA DE DIOS, RAZÓN DE FE Y ESPERANZA

En la catedral de St. Chaud, 1848

Nuestro Señor mandó a los vientos y al mar, y los hombres que lo vieron dijeron maravillados: ¿Qué clase de hombre es éste, que los vientos y el mar le obedecen? Era un milagro. Demostraba el poder de Nuestro Señor sobre la Naturaleza. Y por eso se asombraron; porque no podían comprender (y con razón) cómo un hombre podía tener poder sobre la Naturaleza de no ser que dicho poder le fuera concedido por Dios. La Naturaleza sigue su propio camino y nosotros no podemos alterarlo. El hombre no lo puede alterar; sólo puede usar de él. La materia, por ejemplo, cae hacia abajo; la tierra, piedras, hierro, todo cae hacia la tierra cuando se les abandona a sí mismos. Más aún, abandonados a sí mismos no pueden moverse sino cayendo. Nunca se mueven si no tiramos de ellos o los empujamos. El agua, igualmente, nunca se alza en montón o masa, sino que fluye por todos lados tanto como puede. El fuego siempre arde o tiende a arder. El viento sopla de un lado a otro sin una regla o ley visible, y no podemos decir cómo soplará mañana según como sopla hoy. Vemos todas estas cosas. Tienen su propio camino. No podemos alterarlas. Todo lo que podemos intentar es usar de ellas; las tomamos tal como las encontramos y las empleamos. No pretendemos cambiar la naturaleza del fuego, la tierra, el aire o el agua, pero observamos cuál es la naturaleza de cada uno de ellos e intentamos sacarles provecho. Aprovechamos el vapor, y lo usamos en trenes y barcos; aprovechamos el fuego, y lo usamos de mil maneras. Utilizamos las cosas de la Naturaleza, nos sometemos a sus leyes y sacamos provecho de ellas; pero no podemos mandar a la Naturaleza. No intentamos alterarla, sino únicamente dirigirla a nuestros propios fines.

Con Nuestro Señor era muy diferente: usaba, desde luego, de los vientos y del agua (usaba del agua cuando iba en barca y de los vientos cuando permitía a la vela desplegarse sobre él). Los usaba, pero más aún, mandaba a los vientos y a las olas; tenía poder para increpar, cambiar, desvirtuar el curso de la Naturaleza, tanto como para usar de ella. Estaba sobre la Naturaleza. Tenía poder sobre ella. Esto, es lo que hacía a los hombres maravillarse. Marineros experimentados pueden hacer uso de los vientos y de las olas para llegar a tierra. Más aún, incluso en medio de una tormenta saben cómo aprovecharse de ella, conocen lo que tienen que hacer, y están a la observación para sacar provecho de todo lo que ocurre. Pero Nuestro Señor no condescendió a hacer esto. No les instruyó de cómo manejar las velas, ni de cómo gobernar la embarcación, sino que se dirigió directamente a los vientos y a las olas y los paró, obligándoles a hacer lo que era contra su naturaleza.

Igualmente, cuando la enfermedad de Lázaro, Nuestro Señor pudo haber ido a él y haberle recetado la medicina adecuada y el tratamiento que le hubiera

curado. No hizo nada de esto —le dejó morir—, y Santa Marta, cuando, por fin, vino El, le dijo: 'Señor, si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto' (Io, XI). Pero Nuestro Señor tenía una razón. Deseaba mostrar su poder sobre la Naturaleza. Deseaba triunfar sobre la muerte. Y así, en lugar de evitar que Lázaro muriera mediante el arte de la medicina, triunfó sobre la muerte mediante un milagro. Nadie tiene poder sobre la Naturaleza sino Aquel que la hizo. Nadie puede obrar un milagro sino Dios. Si surgen milagros tenemos una prueba de que Dios está presente. Y es así, que cuando quiera que Dios visita la tierra realiza milagros. Es la llamada que El hace a nuestra atención. De esta manera nos recuerda que es el Creador. Sólo quien hizo puede deshacer. Quien construyó puede destruir. Quien dio a la Naturaleza sus leyes puede cambiarlas. Quien hizo que el fuego arda, el alimento nutra, el agua fluya y el hierro pese, es el único que puede hacer fuego frío, alimento inútil, agua firme y sólida, hierro ligero, y por eso cuando envió a los apóstoles o a los profetas, Moisés, Josué, Samuel o Elías, los envió con milagros, para demostrar su presencia entre sus siervos. Entonces todas las cosas empezaron a mudar su naturaleza; los egipcios fueron atormentados con plagas extrañas; las aguas se amontonan para que el pueblo elegido pase; éste fue alimentado en el desierto con maná; el sol y la luna se pararon, porque Dios estaba allí.

Esto, pues, fue lo que les hizo maravillarse a los hombres cuando Nuestro Señor calmó la tormenta sobre el mar. Era una prueba de que Dios estaba allí, aunque no lo habían visto. Pero en realidad Dios estaba allí y lo vieron, porque Cristo era Dios; pero en tanto en cuanto aprendieron esta alta y sagrada verdad por el milagro, así comprendieron que Dios, realmente, estaba allí. Allí estaba su mano, allí estaba su poder y por eso temieron. Vosotros habéis leído en los libros—supongo—relatos de grandes hombres que llegan disfrazados y al final son reconocidos por su voz o por alguna acción que les delata. Sus voces, sus palabras, sus maneras o sus hazañas son su marca — una especie de firma—. Y de igual modo, cuando Dios anda por la tierra, nos da medios de saberlo, aunque es un Dios escondido y no ostenta abiertamente su gloria. Poder sobre la Naturaleza es la señal que nos da de que El, el Creador de la Naturaleza, está en medio de nosotros.

Y por eso Dios es llamado omnipotente; éste es su atributo distintivo. El hombre es poderoso solamente a través de la Naturaleza, utiliza la Naturaleza como instrumento. Pero Dios no tiene necesidad de la Naturaleza para realizar su voluntad, sino que hace su obra, unas veces mediante la Naturaleza y otras sin ella, según le place.

Observaréis que este atributo de Dios es el único mencionado en el Credo: 'Creo en Dios, Padre Todopoderoso.' No se dice: 'Creo en Dios, Padre Misericordioso, o Santísimo, o Sabio', aunque todos esos atributos son suyos también, sino 'creo en Dios, Padre Todopoderoso'. ¿Por qué? Es claro; porque este atributo es la razón por la cual yo creo. La fe es el principio de la religión, y, por eso, la omnipotencia de Dios se presenta como el primero y fundamental de sus atributos, y, precisamente, el que debe mencionarse en el Credo.

No podríamos creer en El si no supiéramos que es todopoderoso. Nada es demasiado difícil de creer acerca de Aquel para quien nada es demasiado difícil de hacer. Recordáis que cuando a Abrahán se le prometió que la vieja Sara, su mujer, tendría un hijo, Sara se rió. ¿Por qué? Porque no había comprendido suficientemente la omnipotencia de Dios. Por eso el Señor le dijo: '¿Hay algo imposible para Dios?' (Gen., XVIII).

Esta idea es muy importante para nosotros hoy, porque será un medio de sostener nuestra fe. ¿Por qué creéis todos los hechos extraños y maravillosos recogidos en la Escritura? Porque Dios es omnipotente y puede hacerlos. ¿Por qué creéis que una Virgen concibió y dio a luz un Hijo? Porque es un acto de Dios y El puede hacer cualquier cosa. Como el Ángel Gabriel dijo a la Santísima Virgen: 'Nada es imposible para Dios'. Por otra parte, cuando el santo Zacarías fue advertido por el Ángel de que la anciana Isabel, su mujer, concebiría, dijo: '¿De dónde creeré yo esto?' Y fue castigado inmediatamente por su incredulidad. ¿Por qué creéis que Nuestro Señor resucitó? ¿Por qué nos redimió a todos con su preciosa sangre? ¿Por qué lava nuestros pecados en el bautismo? Porque nada es demasiado difícil para el Señor. Esto se aplica especialmente al gran milagro del altar. ¿Por qué creéis que el sacerdote transforma el pan en el Cuerpo de Cristo? Porque Dios es omnipotente y nada es demasiado difícil para El. Y, aún más, sabéis también, como he dicho, que los milagros son los signos y señales de la presencia de Dios. Pues si El está presente en la Iglesia católica, es natural esperar que hará algunos milagros, y si no los hiciera estaríamos casi tentados de creer que había abandonado a su Iglesia.

Esto es lo que Nuestro Señor manifestó al santo Natanael. Natanael, impresionado por algo que dijo Nuestro Señor, gritó: 'Rabí, Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel.' El contestó: '¿Por lo que te he dicho crees? Verás aún cosas mayores.' No hay límite para el poder de Dios. Es inagotable. No haya, pues, límite a nuestra fe. No nos asustemos por lo que hemos de creer; busquemos más todavía. Algunas personas son reacias a creer los milagros atribuidos a los santos. Sabemos ahora que tales milagros no forman parte de la fe; no tienen sitio en el Credo. Y algunos se nos han transmitido con más evidencia que otros. Unos pueden ser verdaderos, y otros no tan ciertamente. Otros, por fin, pueden ser, verdad, pero no milagros. Pero, aún así ¿por qué asombran de oír hablar de milagros? ¿Están por encima del poder de Dios? Y ¿no está Dios presente en los santos? Y ¿no ha obrado El milagros desde la antigüedad? ¿Son los milagros una cosa nueva? No hay razón para sorprenderse; por el contrario, en el Sacrificio de la Misa realiza El, diariamente, el más maravilloso de los milagros por medio de la palabra del sacerdote. Entonces, si diariamente realiza un milagro mayor que cualquiera que pueda decirse, pregunto: ¿Por qué sorprendernos de oír hablar, de vez en cuando, de otros milagros menores?

El evangelio de hoy nos presenta el deber de la fe y lo fundamenta sobre la omnipotencia de Dios. Nada es demasiado difícil para El, y nosotros creemos lo que la Iglesia nos enseña acerca de sus hechos y providencias, porque El puede hacer cualquier cosa que quiera. Pero hay otra gracia que nos enseña el Evangelio y que es: esperar o confiar. Esperanza y miedo son opuestos;

temían porque no esperaban. Esperar es no sólo creer en Dios, sino creer y estar ciertos de que nos ama y desea nuestro bien. Pero la fe sin esperanza no basta para llevarnos a Cristo. Los diablos creen y tiemblan (Jac., II). Creen, pero no van a Cristo porque no esperan, sino desesperan. Desesperan de alcanzar ningún bien de El. Al contrario, saben que no tendrán sino mal, y por eso se mantienen alejados. Recordáis que el endemoniado dijo: '¿Qué hay entre ti y nosotros, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí a destiempo para atormentarnos?' (Mt., VIII). La venida de Cristo no era confortadora para ellos; al contrario, se apartan de El. Sabían que no les destinaba bienes, sino castigos. Pero a los hombres les destina bienes y, sabiendo y sintiendo esto, los hombres son atraídos hacia El. No irán a Dios hasta estar seguros de esto. Deben creer que es no sólo omnipotente, sino también misericordioso. La fe está fundada en el conocimiento de que Dios es omnipotente; la esperanza lo está en el conocimiento de que Dios es misericordioso. Y la presencia de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, nos excita a esperar tanto como a creer, por que su nombre, Jesús, significa Salvador, y por que fue tan amante, dulce y bondadoso cuando estuvo en la tierra.

Cuando sobrevino la tormenta dijo a sus discípulos: '¿Por qué teméis?' Esto es, 'debéis esperar, confiar, descansar vuestro corazón en Mí. Yo soy no sólo omnipotente, sino misericordioso. He venido a la tierra porque soy quien más os ama. ¿Por qué estoy aquí, por qué estoy en carne humana, por qué tengo estas manos extendidas hacia vosotros, por qué tengo estos ojos de los que fluyen lágrimas de piedad, sino porque deseo vuestro bien, porque deseo salvaros? La tormenta no puede dañaros si Yo estoy con vosotros. ¿Podéis estar mejor situados que bajo mi protección? ¿Dudáis de mi poder o de mi voluntad, pensáis que me descuido porque duermo en la barca y que no puedo ayudaros si no estoy despierto? ¿Por qué dudáis? ¿Por qué teméis? He estado tanto tiempo entré vosotros y ¿no confiáis en Mí, no podéis permanecer en paz y tranquilos a mi lado?'

Y eso mismo, hermanos míos, nos dice ahora. Todos los que vivimos esta vida mortal tenemos nuestras aflicciones. Vosotros tenéis vuestras pesadumbres; pero cuando estéis afligidos y las olas parezcan elevarse y estar prontas a sumergiros, haced un acto de fe, un acto de esperanza en vuestro Dios y Salvador. Os llama Aquel que tiene su boca y sus manos llenas de bendiciones para vosotros. Dice: 'Venid a Mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré' (Mt., xi). 'Todos los que estáis sedientos—dice por su profeta—venid a las aguas, y los que no tenéis dinero, apresuraos, comprad y comed.' Nunca entre en vuestra mente la idea de que Dios es un amo duro, severo. Día llegará, es verdad, en que vendrá como justo Juez, pero ahora es tiempo de misericordia. Beneficiaos de Él, aprovechad el tiempo de gracia. 'Mirad que ahora es el tiempo grato, mirad que ahora es el día de la salvación.' Este es el día de la esperanza, éste es el día del trabajo, éste es el día de actividad.' 'Viene la noche cuando el hombre no puede trabajar'; pero nosotros somos hijos de la luz y del día, y, por lo tanto, la desesperación, frialdad de corazón, el miedo, la pereza, son pecado en nosotros. Os vienen, verdaderamente, tentaciones de murmurar, pero resistidlas, apartadlas, rogad a Dios que os ayude con su poderosa gracia. El no nos permite caer en una tentación sin habernos dado gracia para

superarla. No abandonéis vuestra esperanza, antes bien 'levantad vuestras lánguidas manos y relajadas rodillas (Hebr., XII). 'No perdáis vuestra confianza, que tiene una gran recompensa' (Hebr., x). Buscad el rostro de Aquel que habita siempre, con presencia real y corporal, en su Iglesia.

Haced, al menos, lo que hicieron los discípulos. Tenían sólo una fe débil, temían, no tenían una gran confianza ni paz, pero, por lo menos, no se separaban de Cristo. No se quedaban tranquilamente sentados y tristes, sino que iban a El. ¡Ah, pero nuestro mejor estado no es superior al peor de los apóstoles! Nuestro Señor les reprochó porque tenían poca fe, porque le llamaban gritando. Yo desearía que nosotros, los cristianos de hoy, hiciéramos esto al menos. Yo desearía que llegáramos a gritarle pidiéndole socorro. Desearía que tuviéramos tan sólo la fe y la esperanza que Cristo creyó tan pequeña en sus primeros discípulos. Imitad a los apóstoles en su debilidad por lo menos, si no podéis imitarles en su fortaleza. Si no podéis portaros como santos, portaos por lo menos como cristianos. No os defendáis de El, antes bien, cuando estéis en apuro acudid a El, día tras día, pidiéndole fervorosamente y con perseverancia aquellos favores que El sólo puede otorgar. Y así como en esta ocasión que nos narran los Evangelios, el reprochó a sus discípulos, pero hizo por ellos lo que le habían pedido, así (confiaremos en su gran misericordia), aunque observe tanta falta de firmeza en vosotros, que no debía existir, se dignará increpar a los vientos y al mar y dirá: 'Paz, estad tranquilos'. Y habrá una gran calma.

(Sermones Católicos, NEBLI Clásicos de Espiritualidad, Ed. RIALP, Pág. 63 y ss.)